

La Ilamaban La Eva

Eduardo Javier Chillarón

Image not found.

Capítulo 1

Y qué decir de Ramiro, cabellera platinada, alborotada, simulando nerviosa que el ajetreo al que está sometida la sumerge en el desconcierto del estrés, por eso el color, cuando realmente él todo lo realiza lentamente y uno se da cuenta que ya tiene noventa y tres años, y por lo tanto, la guedeja miente. Evidentemente. Sus hombros echados para delante denotan carga, ya sea por la ondulada melena, por las interminables jornadas labriegas, la exigua decadencia a la que se expone cualquier centenario o la ingrata experiencia de haber malvivido. Pero uno piensa en el aspecto de la paciencia y de la humildad, y ambas, además de los hombros volcados para delante, tienen un sinónimo en común, inteligencia.

–“¡Xhico, ven acá!”- grazna con lenguaje en cuarentena y voz carrasposa, la que la existencia le ha proporcionado. Escupitajos florecen de su boca a través del recuerdo que le estamparon con pala ancha, desdentando una docena de los dientes de arriba, recuerdo, en una pelotera con el hijo pequeño de Chinero, el Roque, por las faldas de una mujer que les dio viento fresco a los dos, a todo Cristo con más de un par de piernas tres meses antes del palazo, pues se veía a escondidas en el granero de la paja con un marino gaucho porteño, negro brillante y duro como un pilón caoba, pescador de altura y con estatura de bacalao con presta caña sin anzuelo. Ramiro, apretando la labia, recuerda cada vez que muerde cordero y ave que los quintos del pueblo, y los últimos también, pugnaban a oscuras y en silencio por las labores de la muchacha desde abril hasta octubre, meses que el insensato capitán Ahab, ocupaba salando salmón y pelándose la patata a vastos océanos de ignorancia. Digo insensato por poseer con la firma del juez y la bendición del cura al demonio hecho carne y piel y antojo rosa. Al mencionarlo, sonrío con dolor y malicia, acaso abre la cicatriz al visualizar las andadas y calentonas de la especie humana. Ahora resopla meciéndose las canas con las tenazas curtidas y deformes por la empedrada tierra de melones tristes y el empuje de la cincha, echando la vista al siglo pasado como si hubiera sido hace media hora cuando agujijoneaba el preto costado, embutiendo los riñones del adversario para hacerle ver, al Roque, a quien pertenecían las tostadas pechugas de la niña hermosa.

Y abre la mente y acuden de golpe como una hostia en la cara las casonas blancas de cal viva o nieve muerta, con las puertas abiertas de par en par para que nadie robe, el rebuznar quejoso de los pollinos hastiados a latigazos, del suelo abrasado por el sol seco y amarillo donde cuajan aceite para el jabón, del aire cargado e irrespirable sólo esnifado en horas de siesta o en cuerpo joven y brotando sal, del caño de la fuente donde se arrima el culo cuando rebosa aguardiente, de los balcones con fajas y bragas enormes como sabanas secando al sol como si Semana Santa se celebrase todos los días, del avasallador olor del ganado y los sudores y el almizcle y el salazón en la piel de conejo, del blando tocino blanco y el embutido graso aconsejado por el embaucador vaso vino y la hogaza pan,

de la suave brisa en el portal de la casa al cansarse el sol de incordiar, del estraperlo de hierba para conseguir una roída revista desteñida en la que descubrieron por primera vez niñas hermosas antes que a la desgraciada muchacha. Y sobre todo las gentes. Las envidiosas, las chismosas y las que estaban por estrenar le decían a ella la Eva, por si casualmente fuera la única hembra del pueblo, y a este periodo primaveraniego, la de la ausencia del marino, época de celo. Para los machos, casamenteros y demás rivales, simplemente se abría la veda. Para ellas la Eva era el pozo del infierno; para ellos la muchacha era un agujero celestial. Para ellas la Eva era una vulgar puta, aunque ellos nunca pagaron a una. Los meses de verano en el pueblo se convertían justificadamente en una especie de apología al silencio, al acto intencionado, se jugaba al engañoso, todo eran sospechas y pesquisas, miradas ingenuas que atravesaban el corazón como la punza al maíz, sonrisas que enmascaraban las más crueles intenciones aunque del marido esté pensando. Todos dudaban de todos. Ellas por si la Eva les quitaba el marido, los maridos por si alguno se la quitaban a él. Nadie escapaba de las ciegas miradas y de los inaudibles comentarios. Pero nadie veía nada, nadie decía nada, nadie escuchaba nada. Era la época de la duda. Era la época del calor sofocante, dónde hierve la sangre y el espíritu, dónde el sudor taponaba el razonamiento y ahoga la sabiduría, donde la verdad se convierte en espejismo, y el espejismo en la mentira que deseamos ver.